

## LO QUE EL PRESENTE NO VE: EL TERREMOTO Y MAREMOTO DE ARICA (1868). FUENTES PARA SU HISTORIA

*WHAT THE PRESENT DOES NOT SEE: THE 1868 EARTHQUAKE  
AND TIDAL WAVE IN ARICA. SOURCES FOR ITS HISTORY*

por:

LIC. ELÍAS PIZARRO PIZARRO

*Profesor de Historia y Geografía. Licenciado en Ciencias Sociales*

*Dr.® en Educación, Universidad de La Plata (Argentina)*

*Departamento de Ciencias Históricas y Geográficas*

*Facultad de Educación y Humanidades*

*Universidad de Tarapacá*

*Av. 18 de Septiembre N° 2222, Arica-Chile*

*E-mail: epizarro@uta.cl*

### RESUMEN

Este artículo aborda la divulgación y puesta en conocimiento de un conjunto de documentos de interés histórico-regional referidos específicamente al terremoto y maremoto que afectó a la ciudad de Arica el día 13 de agosto de 1868. El contenido de dichos documentos nos permite en gran manera aproximarnos a un conjunto de datos históricos y geográficos sobre la ciudad puerto de Arica a través de las impresiones tanto desde cubierta de los barcos apostados en la bahía como también de los residentes en tierra. Un acontecer infausto como impronta de Arica a lo largo de su historia.

**Palabras clave:** Historia regional, Arica, documentos, acontecer infausto, terremoto, maremoto.

### ABSTRACT

*The present article deals with the dissemination of a series of documents of historical-regional interest which specifically refer to the earthquake and tidal wave which affected the city of Arica on August 13, 1868. The content of such documents allows us to greatly approximate to historical and geographical data about the port-city of Arica through the impressions from ship decks which have come into the docks as well as residents onshore.*

**Key words:** Regional history, Arica, documents, unfortunate event, earthquake, tidal wave.

## INTRODUCCIÓN

Hace 139 años que nuestra ciudad vivió quizás la catástrofe natural más grande que registra su historia: el violento terremoto y maremoto del 13 de agosto de 1868<sup>1</sup>. Es importante considerar que a pesar del tiempo transcurrido dicho evento sísmico aún cautiva el interés por la valiosa información histórica y geográfica que es posible disponer a partir de las fuentes. Un conjunto de documentos dispersos que testimonian dicho episodio se convierten entonces en “referencias e informaciones de interés histórico-regional...” y “...pueden ser considerados como antecedentes generales o específicos que complementen un estudio de las variadas temáticas que conforman el universo natural y cultural de la región de Arica” (Álvarez, 1998: 21). Desde la historia de las mentalidades, siguiendo a R. Mellafe (1981), debemos reconocer en dicha catástrofe la expresión del acontecer infausto siempre presente en la dinámica de la sociedad y del cual Arica no es una excepción. Afirmamos entonces: “... que su continua recuperación y supervivencia al acontecer infausto, reiterado a lo largo de siglos, ha reforzado muchos de los elementos del ego colectivo e individual” (Mellafe, 1981: 8-9)<sup>2</sup>.

Los relatos más conocidos del terremoto y maremoto del día jueves 13 de agosto de 1868 han llegado a nosotros a través de una traducción

hecha por Abraham J. Joseph<sup>3</sup>, del artículo “Some Personal Experiences With Earthquake” tomado de la afamada revista “The National Geographic Magazine” (January, 1915. Vol. XXVII, Num. One. Washington, D.C.) y que se publicó en la “Revista Sol de Norte” (Arica, enero, 1961: 4-17). Es el relato hecho por el Contraalmirante L. G. Billings, de la Armada de los Estados Unidos de Norteamérica y que a la fecha de los acontecimientos descritos formaba parte de la tripulación del barco *Wateree*, anclado en Arica y, por lo tanto, sería un testigo presencial de los hechos que nos presenta. A la anterior publicación se suma la versión que dio a conocer la “Enciclopedia de Arica” (1972: 28-32) que corresponde a Francisco Vidal Gormaz, quien fuera capitán de navío de la Marina de Chile y Director de la Oficina Hidrográfica de Santiago y que puede considerarse la versión chilena del terremoto de 1868: Lleva la fecha de 1900, mucho antes que la versión norteamericana, pero lamentablemente no se da a conocer su procedencia. Cabe señalar que entre 1961 y 1972 la traducción realizada por don Abraham J. Joseph se divulgó en sus principales contenidos, a través de las reproducciones hechas por los escritores Alfredo Wormald C. (1968) y Luis Urzúa U. (1969)<sup>4</sup>.

Junto a lo que podríamos llamar el relato escrito del terremoto y maremoto de 1868, también existe una interesante reseña histórico-fotográfica que reproducida y exhibida en reiteradas oportunidades ha dejado en evidencia la magnitud de dicho evento y que se constituye en una fuente complementaria a los testimonios escritos<sup>5</sup>.

<sup>1</sup> Como hechos históricos importantes, los terremotos en Arica permiten establecer una periodicidad histórica, aún cuando sean eventos naturales catastróficos y manifestadamente trágicos. En 1605 la ciudad era una de las más florecientes de la costa y fue destruida por un terremoto; otro tuvo lugar el 28 de octubre de 1746 e igualmente fueron de consideración los eventos de los años 1831, 1832 y el del 9 de mayo de 1877 (Ver al respecto: Vicente Dagnino O. El Departamento de Tacna. Lima. 1921: 38-9; Juan Vásquez T.: Arica puerto del tiempo. Oñate Impresores. Arica. 2002: 239).

<sup>2</sup> En una publicación posterior, el autor citado afirmaba que: “El terremoto tiene el efecto de una hipnosis o un sueño autodirigido colectivo y casi automático. La atadura mística se encarga de poner en orden este mundo natural desintegrado y lo hace usando símbolos arquetípicos” (R. Mellafe: Historia Social de Chile y América. Editorial Universitaria. Santiago. 1986: 288). Para otro autor: “Los sismos como fenómenos coyunturales o críticos, se insertan en la conciencia colectiva que conserva una memoria urbana, la cual se transmite de generación en generación” (M. A. Reyes C.: Los sismos como hitos de la Historia de Chillán: 1835-1939. VIII Jornadas de Historia de Chile. Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación. Santiago. 1988: 63).

<sup>3</sup> En la traducción de don Abraham J. Joseph erróneamente se señala al texto original con la fecha de enero de 1912 (Revista Sol del Norte. La Paz. 1961: 4).

<sup>4</sup> Sobre esto pueden consultarse dos obras fundamentales de los autores citados: Alfredo Wormald C.: Frontera Norte. Editorial Orbe. Santiago. Cap. VIII: La extraña aventura del *Wateree* (1968: 83-87), y Luis Urzúa U.: Arica Puerta Nueva. Historia y folklore. Editorial Andrés Bello. Santiago. Cap. IX: El terremoto y salida del mar de 1868 (1969: 53-56). Al respecto véase también John Gallaher K., El terremoto de Arica de 1868. Revista de Marina, 115/884, 3/1998. Armada de Chile; en: <http://www.revistamarina.cl>. Existe otro extracto de la narración del Contraalmirante L. G. Billings en el libro del escritor Patricio Manns: Los terremotos chilenos. Editorial Quimantú. Santiago. 1972. Se puede obtener en: <http://www.rescate.com>.

<sup>5</sup> Las fotografías disponibles sobre la catástrofe de agosto de 1868 han dado origen a un número importante de reproducciones que se exhiben en distintos servicios públicos de nuestra ciudad y en locales para su venta. Del punto de vista bibliográfico las principales imágenes aparecen en Luis

## LOS DOCUMENTOS A DISPOSICIÓN

Damos dar a conocer a continuación tres testimonios de la catástrofe del jueves 13 de agosto de 1868; estos documentos se constituyen para los investigadores del extremo norte de Chile en fuentes fundamentales al momento de reconstruir dicho episodio.

El primero de los documentos corresponde a una **“CARTA ENVIADA A LOS EDITORES DEL DIARIO “COMERCIO” DE LIMA ANUNCIÁNDOLES LO OCURRIDO POR CONSECUENCIA DEL TERREMOTO”**. Es un escrito, que aparece en el Diario Oficial “El Peruano” (Lima, Segundo Semestre de 1868), fechado en Arica, agosto 15 de 1868. De autor desconocido y que solamente podemos señalar como referencia la siguiente alusión “...como autoridad que soy...” al dirigir la misiva a su hermano. Aparecen interesantes impresiones desde tierra, muy propias de un residente de la ciudad y como testigo presencial relata lo sucedido así como las consecuencias del terremoto y maremoto<sup>6</sup>.

El segundo de los documentos dice relación con el informe enviado por la **“COMANDANCIA INTERINA DE LA CORBETA “AMÉRICA” SOBRE LAS RUINAS DE ARICA, AGOSTO 16 DE 1868”** al Señor Comandante General de Marina del Perú. Dicha comunicación, igualmente la ubicamos en el Diario Oficial “El Peruano” (Lima, Segundo Semestre de 1868). La autoría de dicha narración corresponde a Carlos Ferreyros de la dotación de la corbeta peruana “América”. Escribe tres días después de los acontecimientos, con amplios detalles sobre lo ocurrido, visto desde cubierta y se constituye en un testimonio histórico que complementa la clásica descripción del Contraalmirante L. G. Billings.

Nuestro tercer documento lleva por título **“THE EARTHQUAKE AT ARICA”** y tiene como autor

a E. W. Sturdy, marino del barco norteamericano *Wateree*, anclado en Arica en agosto de 1868. Dicho documento fue extraído de *Scribner’s Monthly*. New York, Vol. 5, Número 1, pp. 22-30 fechado en el mes de noviembre de 1872<sup>7</sup>. Informaciones, a cuatro años de ocurridos los acontecimientos relatados. Profundiza en interesantes detalles sobre lo sucedido en aquel momento y todo lo transcurrido en las semanas posteriores hasta la llegada de otros navíos norteamericanos que venían en ayuda de los afectados. Constituye un singular relato, distinto al de L. G. Billings, publicado cuarenta y seis años después<sup>8</sup>.

### *CARTA ENVIADA A LOS EDITORES DEL “COMERCIO” DE LIMA ANUNCIÁNDOLES LO OCURRIDO POR CONSECUENCIA DEL TERREMOTO*<sup>9</sup>

Arica, Agosto 15 de 1868.

Mí querido hermano:

Te escribo esta con la impresión más fuerte que he experimentado en mi vida. Antes de ayer 13 de Agosto, a las cinco se ha experimentado el terremoto más fuerte que en mi vida he visto y veré, si la Providencia me concede mucha vida; porque estos casos se repiten cada siglo en esta desgraciada América<sup>10</sup>.

Álvarez M. *et al.*: Arica en el tiempo. Reseña fotográfica. Universidad de Chile-Sede Arica. Editorial Universitaria. Santiago.1980: 28-33; Juan Vásquez T.: Arica puerto del tiempo. Oñate Impresores. Arica. 2002: 36, también en forma virtual en: <http://www.infoarica.cl>

<sup>6</sup> Este documento fue conocido por el ya fallecido investigador de la Universidad de Tarapacá Guillermo Focacci A. y apareció en una publicación bajo el título de: El terremoto y Maremoto de Arica. Revista Universitaria Límite, N° 0. Departamento de Filosofía y Psicología. Universidad de Tarapacá. Arica. 1994: 18-19.

<sup>7</sup> Quiero agradecer la colaboración del antiguo ariqueño John Panzer, funcionario del Banco Mundial en Washington DC., quien me dio a conocer dicho documento y facilitarlo para su traducción y publicación. Recientemente he podido ubicar dicha fuente en formato virtual: <http://library5.library.cornell.edu>. Mis reconocimientos se hacen extensivos a una colega y amiga, Janett Peñailillo Gutiérrez, profesora de Estado en Inglés, la cual fue responsable de la traducción de dicho escrito.

<sup>8</sup> Por ejemplo en su relato L. G. Billings consigna como fecha del terremoto y maremoto el día 8 de agosto de 1868, lo cual bien sabemos que es incorrecto pero que: “...ha inducido, a algunas publicaciones posteriores, a incurrir en error” (John Gallaher K. El terremoto de Arica de 1868. Revista de Marina, 115/884, 3/1998. Armada de Chile; en: <http://www.revistamarina.cl>)

<sup>9</sup> La ortografía ha sido actualizada.

<sup>10</sup> Todos los testimonios reproducidos coinciden en citar la hora de la catástrofe a eso de las 5 P. M. del día jueves 18 de agosto de 1868. Solamente el testimonio de L. G. Billings da la hora de las 4 P. M. (1915) (1961: 7).

Felizmente vivía en una casa hotel, todo de telar, y esta se mecía como una hamaca: corrí a unas huertas vecinas con peligro de que me cayera algo. Allí vi el espectáculo más terrible y conmovedor, todos los edificios de la ciudad caían, y en un instante la atmósfera se cubrió de polvo que no permitía ver a distancia de veinte pasos.

El terremoto duró como cuatro minutos; pasado éste salí a la calle que es bastante ancha, y vi que todas las casas de una y otra vereda habían caído. Pensé en el mar y como autoridad que soy, me dirigí hacia la rivera y el muelle, y entonces noté que la mar había bajado considerablemente y comenzaba a llenar de la parte del Sur formando remolinos en la parte del muelle. Di la voz de alarma a todas las personas que encontré, entre estas muchas conocidas y amigas. Corrimos hacia la falda del Morro y cuando no bien estaba a la altura de 30 a 40 pies, el mar invadía con tal fuerza y rapidez imponentes, arrastrando cuanto encontraba a su paso; levantando los edificios que aun quedaban en pie ó inclinados por efecto del terremoto, transportándolas de un lado y otro hasta deshacerlas en su totalidad y retirándose en seguida para invadir nuevamente por cuatro ó seis veces. El mar subió como 30 ó 35 pies y penetró hasta la puerta de la Matriz, que está a la altura dicha. Me encontraba en el morro, siempre subiendo y ayudando a varias familias según los ruidos horrorosos del mar, porque ya no veíamos por la oscuridad. Toda la bahía se transformó en remolinos de sur y norte y viceversa, con corrientes que pasaban de 10 millas. Los buques de guerra "América" y "Wateree", N.A., largaron todas sus anclas, lo mismo que el pontón N, A y los mercantes, arriando toda la cadena para resistir a la corriente y remolinos, pero todo fue en vano.

En la oscuridad que comenzaba, veíamos vagar de Sur y Norte los buques de guerra y el pontón "Fredonia" que eran los que más afuera se hallaban, y los mercantes Chañarcillo, Rosa Rivera y Eduardo, comenzaban a tumbarse ya de un costado, ya de otro, por efecto de que en las resacas tocaban en el fondo y el nuevo flujo los arrojaba volteándose hasta tocarse sus palos.

Se tuvo muchas esperanzas de que salvaría la América y el Wateree; principalmente la primera que se apresuraba en hacer vapor; del segundo sabíamos por sus oficiales, que su máquina estaba en compostura, pero ¿qué sucedió? que últimamente vino un flujo más fuerte que los anteriores de la parte del Sur y había llevado todos los buques a

tierra hacia la parte del Norte llamado Chacalluta y arrojándolos como a distancia de un cuarto de milla de la rivera del mar.

Solamente la América, toda averiada, el Wateree y el bergantín Eduardo permanecen con el casco entero, pero a la distancia que digo; los demás se han hecho pedazos que sería difícil determinar si sus restos son de un buque o de un edificio.

La mañana siguiente nos presentó este espectáculo y el de las dos terceras partes de la ciudad arrasadas por la mar, como si jamás hubiese existido en aquella parte algún edificio.

De 9 a 10 de la noche, comenzaron a llegar algunos oficiales de la América y marineros del Wateree, a darnos las noticias que dejo referidas, tocante a los buques. Casi una tercera parte de las tripulaciones de los buques han perecido, tanto de guerra como mercantes. De la América, oficiales han perecido, el comandante Reyes, teniente Herrera, alférez Ferreyros (el cojito) y el Doctor. En tierra no han faltado sus víctimas; se calculan en quince o veinte; entre estas la mujer del teniente de maniobra del Wateree Missis Jhonson.

Al amanecer del 14, el espectáculo era conmovedor; todo convertido en ruinas de los tres elementos, el mar, la tierra y el fuego porque también se declararon dos incendios en medio de las ruinas, inmediatamente después del terremoto y en la parte que no llegó el agua. La playa desde Arica o desde el morro hasta más allá de Chacalluta como 8 millas, está sembrado de toda clase de bultos de mercaderías, equipajes, restos de los buques, edificios, etc. etc. El pueblo desde el amanecer del 14 se entretiene en recoger lo que cree útil para sí. Últimamente no respeta la clase de mercaderías que recoge hasta en bestias, y las va transportando a los valles vecinos. Casi nada se puede hacer con la tropa, porque habiéndose convertido el cuartel en escombros, al principio se dispersó. Hoy a las 2 h. 30 m. ha llegado el Señor prefecto con alguna fuerza de caballería. Mucho se hará para establecer el orden<sup>11</sup>.

<sup>11</sup> La fuerza pública de la ciudad de Arica fue muy criticada en su actuar en tan difíciles momentos. Esta fue incluso sindicada de participar en el pillaje y algunos delitos de apropiación indebida de mercaderías varadas en la costa en los días siguientes al terremoto. Sobre esto, una fuente señala lo siguiente: "El juicio militar que actualmente se sigue contra la tropa sindicada de esos delitos revelará el resultado, bien para que la ley descargue todo el peso de su poder sobre quienes tan osadamente ultrajaron la desgra-

Las familias han emigrado al valle de Azapa casi la mayor parte; el resto permanece en la falda de los cerros.

Los rieles y los puentes del ferrocarril han desaparecido hasta la distancia de 8 o 10 millas, y el resto hasta Tacna, está en muy mal estado. Esta ciudad no ha sufrido mucho: no se cuenta sino una que otra víctima y como cuarenta casas caídas.

En todos los puertos del Sur hasta Iquique, se ha experimentado lo mismo que en Arica. Esos puertos que no tienen más agua que la que se condensaba por las máquinas, ¿qué será de la población por la falta de este artículo y de víveres? El vaporcito Ecuador que llegó esta mañana, comunica estas noticias. Uno que otro buque dice haberse varado y de Iquique, haberse perdido como 100 vidas y toda la ciudad arrasada<sup>12</sup>.

Tu hermano-

*COMANDANCIA INTERINA DE LA CORBETA  
"AMÉRICA" SOBRE LAS RUINAS DE ARICA,  
AGOSTO 16 DE 1868*<sup>13</sup>

Señor Comandante General de Marina.

En cumplimiento de mi deber tengo el honor de poner en conocimiento de US. todo lo ocurrido a bordo de la expresada.

A las 5 horas 15 m. del 13 p.m. se sintió un fuerte terremoto, y se vio ir desplomando todos los edificios de este puerto, el temblor duró 4 m., inmediatamente mandé encender las hornillas y como la mar estaba tranquila ordené fuese una falúa con cuatro hombres y todos los aparatos necesarios para apagar los incendios que se notaban en tierra y un bote por el señor Comandante.

Antes que desembarcarse nuestra gente que mandé en auxilio de los de tierra y después que el comandante estuvo en su gnig vino una corriente del sur tan fuerte que ambos botes eran arrastrados por ella. Fondié la ancla de estribor y se arriaron 60 brazas de este lado y cien de la de babor con lo cual

estábamos fondeados, 5 minutos duró la primera corriente que la hice medir, era de 5 y media millas, y que inundó la población, vino una segunda en sentido opuesto, es decir del norte, y dejó la bahía casi en seco varando en su fondeadero la barca inglesa "Chañarcillo", la "América", "Rosa Rivera" y todas las embarcaciones menores<sup>14</sup>. Ayudados por esta corriente pudieron llegar a bordo nuestros botes y en uno de ellos el señor comandante.

Las corrientes de sur a norte se sucedían con tanta frecuencia y sus cambios tan rápidos que era imposible mandar embarcaciones a salvar a las muchas personas que se veían flotando encima de las palizadas y que pedían auxilio. Sin embargo del grave peligro que corría nuestra gente se mandó la chalupa a recoger unas mujeres que estaban próximas, la chalupa apareció 24 horas después y sus bravos tripulantes cuyos nombres daré a US. por separado, han tenido que luchar mil veces con la muerte y gracias a su valor y serenidad pudieron llegar a tierra trayendo a la señora cuya salvación se les había ordenado y a dos marineros del "Fredonia" a quienes también pudieron salvar.

La América seguía aguantada sobre sus anclas, y los mismos oficiales ayudados por la marinería se ocupaban en trincar la artillería y alistar los masteleros de juanete y sobre cubierta, para colocarlos.

Durante los cambios de corrientes perdimos todas las embarcaciones que fue imposible usarlas y salvamos al piloto del Bergantín "Regalón", cuyo buque ya había naufragado, pudimos salvar también a un guardiamarina del Wateree, y varios marineros de ese buque.

Así seguimos hasta las 6 horas 45 minutos p.m. en que las corrientes aumentaron hasta 9 y media millas con la corredera y su duración era de 5 á 10 minutos. A las 7 horas 3 minutos p.m. vino una corriente del Sur con una fuerza de 10 y medias millas según el parte que me dio el Teniente Freire. De haberlo el mismo medido, esta corriente hizo saltar nuestras dos amarras después de haber arriado toda la cadena e instantáneamente nos pusimos sobre la playa. Este momento fue terrible y aun el

cia" (Ver al respecto el Diario Oficial "El Peruano", Lima, diciembre 19 de 1868).

<sup>12</sup> Para ello puede consultarse: Juan Williamson: Descripción del terremoto del 13 de Agosto de 1868, según acometió a Iquique. Imprenta "El Nacional". Lima. 1868: 1-36; Diario Oficial "El Peruano", Capitanía de Puerto, Iquique, agosto 16 de 1868.

<sup>13</sup> La ortografía ha sido actualizada.

<sup>14</sup> La corbeta peruana "América", gemela de la corbeta "Unión", había sido adquirida en los astilleros franceses en 1864 (Ver: <http://es.wikipedia.org>). Una breve reseña de algunos de los navíos anclados en Arica durante la tarde del 13 de agosto de 1868, incluyendo al buque de guerra de la Armada norteamericana "Wateree", puede encontrarse en: Enciclopedia de Arica. Editorial de Enciclopedias Regionales de Chile. Santiago. 1972: 32.

comandante mandó dar avento; fue imposible se cumpliera su orden por no tener vapor todavía y necesitarse 15 libras aún para levantar.

La corriente nos llevaba, y no sabíamos dónde, pues se oscureció de tal modo que absolutamente se veía a 5 metros. Después de estar al garete encallamos en una de las playas de sotavento y uno de los muchos mares que pasaron sobre el buque sacó del puente al Sr. Comandante y al Alférez Herrera que estaba a su lado. Las embarcaciones fueron arrancadas de sus pescantes y ninguna se arrió debido a los esfuerzos que los oficiales hicieron para impedirlo.

Estando el buque destrozado sobre la playa y completamente lleno de agua, en la parte de popa comenzó a declararse incendio en el sollado y la tripulación no podía transitar por la cubierta, pues los que intentaron hacerlo, o quedaban aplastados por la arboladura que en ese momento caía o eran sacados por el mar. En esta difícil circunstancia, sin botes en que salvar y oyendo los ayes de los que esperaban y no podíamos socorrer, vino una segunda e inmensa ola que acabó de llenar de agua el buque y que fue nuestra salvación porque apagó el incendio.

Nos hallamos en esta situación sin esperanza de salvar, y pidiendo todos a Dios nos enviara la muerte, pues ya no había paciencia para sufrir tanto y ver desaparecer personas queridas, cuando secó repentinamente la mar retirándose como dos millas, y dejando el buque en seco inmediatamente, todos bajamos a la playa y corriendo logramos escapar, pues ya venía otra mar detrás de nosotros.

Adjunta verá US., la lista de muertos y heridos, contándose entre los primeros la del irreparable Comandante Reyes y la de los excelentes oficiales y buenos compañeros los alféreces Herrera, Ferreyros y Dr. Roman.

El vapor de guerra de los Estados Unidos "Wateree" queda cerca de una milla más a tierra que nosotros; del pontón "Fredonia" no se encuentra una tabla y los buques "Chañarcillo" inglés y americanos "Rosa Rivera" y "Regalón" están también completamente perdidos. No queda un bote a flote en la bahía, y de algunos de los buques no se ha salvado una sola persona.

En momentos tan apremiantes encontramos nuestra misericordia en los jefes y oficiales del "Wateree" que habiendo salvado sus equipajes nos vistieron, nos dieron alimentos y nos ofrecieron cuanto necesitáramos. Esta noble conducta es de mi

deber poner en conocimiento de US., lo mismo que las de los Doctores Dubois y Winslow, el primero del "Fredonia" y el segundo del "Wateree", ambos con esmero y prolijidad han atendido a nuestros heridos<sup>15</sup>.

En medio de tanta desgracia me queda la satisfacción de haber presenciado el raro comportamiento de todos los subordinados en momentos tan desesperados. Los marineros no quisieron venir a tierra a pesar de que se les ordenaba lo hicieran, hasta que nos auxiliaron y llevaron en hombros a todos los oficiales que estábamos sumamente estropeados.

Marcha en el vapor el primer Ingeniero para que haga un pedido verbal de los aparatos indispensables con que debe sacarse la Artillería, maquinaria y todas las cosas que se pueden utilizar. También marchan algunos de los heridos que pueden ser transportados.

Yo quedo aquí con toda la dotación esperando órdenes de US. cuidando a los muchos heridos que no pueden ser transportados, y prestando con la tripulación todos los auxilios que pueda a la población.

Como hasta este momento última hora subsiste la alarma, no puedo ser más extenso ni dar a US. más detalles.

Dios guarde a US. P. S. C. G.- Carlos Ferreyros.

#### *EL TERREMOTO EN ARICA (THE EARTHQUAKE AT ARICA)*

Hace años atrás, en el actual puerto de Lisboa, contemplaba el agua sobre los escombros de la famosa y antigua ciudad, encima de las tumbas de sesenta mil seres humanos, quienes en el lapso de seis minutos fueron arrojados a la destrucción.

No imaginé entonces que en unos pocos meses mi destino sería presenciar un desastre solamente inferior a aquel de Lisboa en 1755.

<sup>15</sup> El celo humanitario del personal abordo de los buques norteamericanos "Wateree" y "Fredonia" que destaca la fuente, también fue resaltado en carta enviada por el Médico Titular de Arica Dr. Sutherland al Sr. Jefe de la Comisión de Auxilios destinada al Mar, General don Francisco Alvarado Ortiz. El médico expresaba que: "...brindaron sus cuidados y los recursos que tenían abordo... muchas personas han sido socorridas" (Diario Oficial "El Peruano", Arica, agosto 26 de 1868).

Fue mi destino embarcarme en el vapor americano WATEREE, a comienzos del año 1868, para una travesía por las aguas del Pacífico Sur. En el mes de agosto de ese año estábamos anclados en el puerto de Arica. Esta ciudad, situada en 18° 28' de lat. Sur, y 70° 24' de long. Oeste, se ubica inmediatamente después del Callao entre los puertos del Perú.

Toda la producción del interior de esa parte del país se traía hacia Tacna por medio de mulas de carga y llamas, y desde allí hacia Arica, a cuarenta millas de distancia, por ferrocarril<sup>16</sup>. La ciudad de Arica fue construida en un recodo de la costa, cercano a la orilla del mar. Al Sur existía un gran risco de alrededor de cuatrocientos pies de altura, y su base la bañaban las olas.

La cara exterior de este risco es perpendicular, y tiene un color blanquecino, el cual es una buena señal para las embarcaciones que entran al puerto. Está al final de una parte de la línea de la costa, y la gente lo llama el "morro".

Mirando desde el mar, la línea de la costa se extiende alrededor de la parte posterior de la ciudad, y como lo hace hacia el norte, deja una planicie árida y arenosa de varias millas de ancho entre su base y los suburbios de la ciudad.

Las casas de Arica estaban generalmente construidas de adobe y juncos, de un piso de altura, aunque había unas pocas de piedra y otras de madera de apariencia más pretenciosa; pero en todo caso ellas estaban hechas con el propósito de resistir las sacudidas de los terremotos a los cuales el lugar es tan propenso.

Una imponente Aduana, erguida cerca de la orilla del mar, está construida en piedra y presenta una distinguida apariencia desde cubierta, y a

lo lejos hacia atrás una iglesia con dos altísimos campanarios.

Estos dos edificios eran los únicos cuyos exteriores impresionaban. Pero aunque la naturaleza del país no permitía embellecimientos exteriores, los interiores de las casas más acaudaladas estaban lujosamente amoblados.

La población de la ciudad era muy agradable y atractiva, y la gente era la más hospitalaria, especialmente hacia los oficiales navales americanos. Las fiestas y los bailes eran muy frecuentes a bordo o en tierra. Tacna también era de fácil acceso, el presidente del ferrocarril daba salvoconductos a todos los oficiales. Amistosas regatas entre americanos y peruanos a menudo agregaban interés a nuestra vida allá, y la perfecta armonía que existía se ejemplificaba completamente en nuestros respectivos días de la independencia cuando las celebraciones se realizaban con el mayor deleite por todos.

Una sacudida ocasional de temblor se sentía a veces causando un pánico momentáneo pero, como pasaba sin ninguna consecuencia seria, se olvidaba en seguida, como habían sido otras.

A las cinco de la tarde del 13 de agosto de 1868, la primera sacudida del gran terremoto se sintió en Arica. Ningún síntoma premonitorio indicaba que algo de esa magnitud iba a ocurrir. El cielo no presentaba ninguna apariencia extraordinaria, el aire se sentía como siempre y todo parecía tranquilo y seguro. La primera sacudida alarmó a todos en la ciudad. Era la más fuerte que ellos habían experimentado por años. Echó abajo muchas casas, y dañó otras.

El primer impulso de las personas en países sujetos a estos desastres es arrancar de sus casas y buscar seguridad en lugares abiertos. Los habitantes de Arica siguieron este impulso. Tan pronto sintieron que sus casas se ladeaban sobre ellos y que se les caía todo arrancaron hacia las calles.

La sensación a bordo de los barcos en el puerto era muy peculiar. El movimiento de los barcos, de proa a popa se sentía de forma muy similar al causado por el descenso de un bote pesado. Aquellos que estaban a bordo tenían tan solo que mirar a la costa para ver la causa de la caída de los edificios y de la gente asustada corriendo en todas direcciones, lo cual evidenciaba que era un terremoto de violencia extraordinaria. Los barcos parecían perfectamente a salvo; no había peligro allí de nada que cayera y el agua no mostraba signos perturbadores. Estaba tan calmado y sereno como un lago en miniatura.

<sup>16</sup> En 1868, Arica era un próspero puerto del sur peruano con una población de cerca de 3.000 habitantes (el Censo Peruano de 1862 contabilizaba para el Distrito de Arica una población de 1.969 y el de 1876 un total de 4.009 habitantes. Véase A. Wormald C. *Historias Olvidadas del Norte Grande*. Universidad del Norte. Arica. 1972: 275). Bolivia internaba sus importaciones por dicho punto marítimo y que era el más próximo a su territorio. Las mercaderías internadas hacia el país altiplánico eran recibidas en el puerto de Arica para ser trasladadas a Tacna por la vía del ferrocarril de Arica a Tacna y, desde esta ciudad, continuaban por el sistema de arrieraje, a lomo de mula, atravesando la meseta andina para llegar a La Paz, Oruro, Cochabamba y demás ciudades bolivianas (ver al respecto: Guillermo Focacci A. *El terremoto y maremoto de Arica (Las epidemias subsiguientes)*. Ponencia presentada en las X Jornadas de historia de Chile. Universidad de Tarapacá. Arica. 1993).

Apenas corría un soplo de viento, tan solo un aire liviano que apenas se sentía. Cuando terminó la primera sacudida, muchos regresaron a sus casas desprotegidas. Ellos esperaban y confiaban que ninguna réplica se sintiera nuevamente.

A bordo de los diferentes barcos los temores de un maremoto estaban en gran medida apaciguados porque no se apreciaba ningún alboroto en el agua. Aún las baterías y todos los artículos pesados, cuyos movimientos podrían poner en peligro los barcos, estaban asegurados; los marineros estaban ubicados cerca, y todo preparado con el cierre de las escotillas y asegurados con listones de maderas.

Eran cerca de las cinco y media cuando la segunda y más fuerte sacudida se experimentó.

Estuvo precedida por un estruendo bajo, como un trueno lejano y se vino sobre la ciudad con tan solo esa leve advertencia. Los aterrados habitantes arrancaron otra vez de sus casas y buscaron seguridad en los cerros y en cada espacio abierto donde estarían libres de la caída de las casas. Muchos escaparon a tiempo, mientras que otros, en su ansiedad por salvar algunos de sus preciados enseres, o en su agonizante temor que los hacían incapaces de correr o peor aún, de moverse, eran sepultados por las ruinas.

La escena desde a bordo era particularmente horrible. La sacudida se sintió más intensamente y las casas derrumbadas se veían con claridad. Una inmensa masa de tierra se desprendió desde el "morro" y cayó con un horrendo ruido sordo, enviando tal nube de polvo hacia arriba como para cubrir la ciudad completa y esconderla de la vista de aquellos que estaban en los barcos. Esta nube lentamente se abatió a sotavento y reveló una ciudad en ruinas. Ahora, por primera vez, se notó una alteración en el agua. Esta retrocedió una corta distancia, y entonces regresó más allá de la más alta marca de marea. El muelle que se extendía desde la costa hacia las aguas profundas estaba abarrotado de gente, y cuando ellos vieron el agua levantarse para tragarlos, se detuvieron un instante, como lo hacen muchos animales salvajes, y entonces, con un grito agonizante de "la mer!" "la mer!" ("¡el mar!" "¡el mar!") se precipitó por encima y a través de las casas destruidas hacia los cerros. Pero qué tristeza por el último ser de aquella agitada muchedumbre. El agua los alcanzó, los barrió por los pies y los dejó luchando por sus vidas, en una masa flotante de restos que se retorcían y giraban en todas direcciones. Algunos fueron recogidos por botes, unos

pocos fueron arrastrados hacia la costa, mientras muchos otros después de luchar desesperadamente se hundieron y no se vieron más.

El aspecto del agua en ese momento era muy singular. Estaba perfectamente tranquila y aparentemente libre de cualquier fuerza perturbadora. Cuando se precipitaba hacia adentro y hacia fuera, parecía estar sólo ondulándose, como si fuesen dos enormes tuberías subterráneas que alternadamente llenaban y descargaban el mar. Las corrientes y las contracorrientes se apreciaban en cada dirección. Masas de ruinas movedizas se abalanzaban unas a otras en direcciones opuestas; y los botes, en los cuales algunos se habían trepado al ser alcanzados por el agua, fueron arrastrados por todos lados, completamente fuera del control de sus ocupantes.

Los botes del vapor americano WATEREE y de la corbeta peruana AMÉRICA fueron enviados a recoger a los infortunados que aún estaban colgados de los árboles, de masas de tierra, o de lo que fuese que los mantenía a flote. Aunque rescataron a algunos, un gran número de ellos fueron dejados a su suerte, porque cuando el bote se acercaba a ellos eran alcanzados por la marea que los lanzaba desesperanzadoramente lejos.

Los botes, conducidos por fuertes marineros, apenas podían llegar a los barcos. Uno de ellos, que pertenecía al WATEREE, al lograr acercarse al barco después de esfuerzos sobrehumanos, perdía su cabo de remolque y era nuevamente lanzado lejos. En vano la tripulación luchaba por regresarlo, tirándolo como pudiesen, y envalentonados como lo estaban por un valiente y joven oficial que los acompañaba, eran vencidos por la fuerza del agua que se precipitaba; como último recurso lo arrastraban hacia el costado del barco peruano AMÉRICA, donde estaba expuesto al peligro más grande. Aquellos en tierra que habían escapado del agua y del derrumbe de las casas se habían juntado en los cerros adyacentes a la ciudad. Aterrados y temblando ante cada réplica que se producía, se lanzaban al suelo y extendían sus brazos en forma de cruz, elevando sus súplicas al cielo.

Tan ignorantes eran la mayor parte de ellos, que pensaban que había llegado el día del juicio final, y esa era la creencia de muchos. Estas visiones tan aterradoras nunca habían sido vistas antes y probablemente nunca serían vistas otra vez por aquellos que las presenciaron. El intento de arrancar de un peligro inminente, y ser incapaces de permanecer de pie en la tierra que se sacudía y



mecía –ver esta misma tierra estable hasta entonces, abierta en inmensas grietas, desde donde el agua salía aparentemente desde las mismas entrañas de la tierra, era suficiente para congelar la sangre del más valiente.

No es de extrañar que muchos se hubiesen paralizado por el horroroso espectáculo.

El instinto de supervivencia estaba momentáneamente retenido. Los padres perdieron de vista a sus hijos, los esposos a sus esposas, los hermanos a sus hermanas. Varios de los miembros de una familia, al ser alcanzados por el agua, habían trepado a una lancha y eran llevados de uno a otro lado a merced del agua que se recogía o avanzaba. Uno de ellos se había quebrado el pie y no podía moverlo, de tal forma que cuando la marea los dejaba en un lugar más alto y seco en medio de la plaza, los otros familiares saltaban del bote, pero incapaces de abandonarlo, comenzaban a levantarlo para llevarlo con ellos; al ver que el agua venía nuevamente, dejaban al hombre herido en la lancha otra vez y arrancaban con desesperación. El bote fue arrastrado de uno a otro lado durante toda la noche, y al amanecer fue encontrado embancado, su ocupante a salvo, aunque sufriendo inmensamente el dolor de su pié destrozado. Más rápidamente de lo que puede ser contado el agua avanzaba y se recogía ganando cada vez más fuerza y llegando más lejos dentro de la ciudad– arrastrando los escombros en todas direcciones, destruyendo todo vestigio de calles y plaza.

Ahora viene nuestro turno a bordo de los barcos.

No había viento, así es que las velas no nos servirían para dejar el puerto, y de los seis barcos uno solo era a vapor, era el barco peruano AMÉRICA. Las calderas del WATEREE habían estado sufriendo reparaciones, y escasamente se le había instalado una válvula, la idea de navegar no era considerada por el momento. El capitán del AMÉRICA estaba en tierra, y como había una escasez de carbón en los bunkers, el oficial de mando no podía usarlo sin autorización, así es que cuando el capitán llegó al barco después de denodados esfuerzos, era ya demasiado tarde; la marea había llegado a ser tan fuerte que el barco estaba a su merced y en peligro inminente como cualquiera de los otros barcos.

Cada barco había sido asegurado lo más posible contra cualquier contingencia. Ambas anclas habían sido lanzadas con largos tramos de cable, los amarres habían sido soltados, y los barcos fueron

dejados meciéndose en el mar con la esperanza de que lo peor hubiese pasado.

Un pequeño bergantín había anclado muy cerca de la costa, y como el mar se recogía, rápidamente se volteó en su costado. Su tripulación abandonó la pequeña embarcación e intentó alcanzar la orilla pero el agua regresó con una rapidez aterradora que se tragó a casi todos, mientras su barco, más afortunado, fue lanzado por el oleaje playa adentro. A la mañana siguiente fue visto parado verticalmente aunque cuando se le vio por última vez al oscurecer, yacía de costado con las olas reventando sobre él.

De los barcos más grandes, el “CHAÑARCILLO”, un buque inglés, fue el primero en sufrir al avanzar la oscuridad. Los tarugos de la cubierta y compresores cedieron, y como la cadena salía con precipitación de sus escobenes, la fricción era tan intensa que ocasionó fuego.

A bordo del WATEREE cada ancla tenía cien brazas de cadena y como una de ellas cedió, el barco fue llevado mar adentro arrastrando la otra ancla y la cadena con él. El WATEREE y el CHAÑARCILLO fueron arrastrados tan cerca uno del otro que una persona podía saltar de una cubierta a la otra, pero momentos después ambos barcos eran llevados en direcciones contrarias a causa de la marea. De haber chocado, probablemente ambos se hubiesen hundido de inmediato.

En la oscuridad que ahora prevalecía, la posición de los diferentes barcos se podía saber solamente por sus luces; y éstas se veían apuntando en todas direcciones. El AMÉRICA parecía estar navegando alrededor del puerto, y cuando se aproximaba al FREDONIA, el primer teniente del FREDONIA le gritaba a través de una bocina, diciendo–: “Estamos perdidos. ¿Por qué no se van mar adentro?”. Lo que ocurría era que el AMÉRICA no tenía combustible por eso estaba a la deriva totalmente descontrolado.

La noche era de tal oscuridad que las experiencias de algunos barcos jamás las sabremos, al no haber sobrevivientes a bordo que nos cuenten la historia. Una barcaza cargada con guano debió haberse hundido al anclar porque no había rastros de ella ni noticia alguna de su tripulación.

Nuestra experiencia en el WATEREE fue notablemente aterradora –difiriendo completamente de aquellas de un simple naufragio.

Cuando perdimos de vista a los otros barcos, nosotros observamos la costa y la ubicación de la proa del barco para ver a qué parte habíamos sido arrastrados.

Hombres preparados fueron ubicados al timón para mantener la proa hacia la corriente con la esperanza que el barco pudiese resistir sin ir a la costa. Por supuesto las escotillas fueron aseguradas y todo fue amarrado lo mejor posible. Los oficiales recorrían la cubierta, discutiendo las posibilidades de salvar el barco. Los hombres se mantuvieron tranquilos y obedientes y actuaron, durante toda esa noche espantosa, dignos de admiración.

El capitán estaba en tierra imposibilitado de alcanzar el barco, así la responsabilidad recayó en el oficial de mando, el cual se condujo con admirable entereza y rapidez que aún los corazones más vacilantes se envalentonaron al sonido de su voz.

Arrastrados sin misericordia por la corriente, éramos llevados de uno a otro lado- precipitados hacia una dirección para luego ser cogidos por otra corriente y enviados rápidamente de regreso, quizás al punto de partida.

Por algún tiempo nos mantuvimos alejados de la costa y la esperanza se anidó en nuestros corazones, porque si continuábamos así hasta que la agitación se apaciguara, las oportunidades estarían a nuestro favor.

Pero al final nuestro tiempo parecía haber llegado. Con un horrendo estruendo chocamos en un costado del barco, y la inmensa ola se lanzó completamente sobre nosotros, arrastrándonos por los pies y medio ahogando a otros. En el alcázar, el agua por unos pocos momentos estuvo a varios pies de profundidad, aquellos que estaban allí chapotearon, un poco nadaron hacia el costado del barco y treparon al cordaje. Nuestra destrucción parecía cierta. Por un momento estábamos de costado, y esperábamos ser revolcados y sumergidos en las furiosas aguas, pero al momento siguiente nos enderezábamos, y la ola, retrocediendo, nos dejaba en la playa, mostrando el suelo vacío por un buen trecho frente a nosotros.

Cuando la ola creció más fuerte, asumió una apariencia diferente. Como saliendo en un cuerpo, encontraría una fuerza más fuerte y opuesta que venía, y como un oleaje común en una playa podría ser contraído por debajo y convertido en una muralla sólida de agua.

Permanecemos en la cubierta del WATEREE y esperamos, viendo que no había oportunidad de salvación ni escape posible de nuestro destino. El primer indicio del regreso de la ola fue un horrendo y tétrico estruendo, que crecía más y más fuerte al aproximarse, y en nuestro horizonte limitado vimos

una línea blanca de espuma que con brío y bulliciosa se precipitaba hacia nosotros para tragarnos.

Con los más intensos sentimientos permanecemos en espera cuando la ola cayó sobre nosotros. Casi sin aliento, y con los nervios estirados al máximo, recibimos el impacto.

Por un momento, después del golpe, no pudimos ver nada por la ceguera que nos provocaba el agua y el rocío que nos envolvió. Y luego como un juguete en su poderosa garra nuestra nave giraba sin cesar, y fue lanzada muy lejos hacia la costa con su proa apuntando al mar. Una calma perfecta reinaba a bordo. La tripulación despavorida y paralizada, estaba asida a las cuerdas salvavidas, y sus puños tiritaban cuando el alarido del oficial de mando se escuchó: “¡Sujétense por sus vidas!”.

Nuevamente el agua retrocedió; otra vez estábamos a salvo, pero para nosotros parecía solamente una postergación a la muerte que nos esperaba. El AMÉRICA había desembarcado cerca nuestro y los gritos y aullidos agonizantes que salían de su cubierta eran tan espantosos que estremecían los corazones más duros. Otra vez volvió la ola con toda su furia, y esta vez, golpeándonos en la proa, avanzó a ambos lados de nosotros, y por un momento se irguió como dos inmensas murallas que parecían cerrarse por encima de nosotros. Nuestros corazones latían salvajemente al verlas, pero dejándonos intactos las olas cayeron y tomaron su curso de regreso al mar.

Hasta el amanecer el oleaje iba y venía, y cuando regresaba parecía espuma hirviendo agitada. Su fuerza estaba lentamente menguando, y aunque estábamos en un constante estado de ansiedad, no flotábamos. Se sentían réplica tras réplica del terremoto, remeciendo el barco de una manera atemorizante, sumándose al temor de la noche.

El AMÉRICA estaba aún en la costa cerca nuestro, y cuando la marea creció, muchos de su tripulación abandonaron el barco y se fueron a la costa, aunque en la oscuridad ellos no podían saber en qué dirección ir para encontrarse a salvo. Algunos de ellos llegaron a nuestro barco, trayendo con ellos oficiales heridos, que fueron atendidos por nuestro cirujano.

La ola había lanzado a su capitán por la borda y se había ahogado, también su cirujano y muchos de su tripulación. Algunos bomberos y cargadores de carbón intentaron hacer funcionar el barco pero cuando las olas volvieron sobre él, se ahogaron en sus puestos. Ninguna orden se mantenía en cubierta.

Los oficiales y la tripulación estaban desmoralizados. Los mástiles cayeron de lo alto, y las calderas quedaron flotando a merced de las olas.

El guardia marina y la tripulación de los botes del WATEREE, quienes estaban a bordo del AMÉRICA, hicieron más para salvar el barco y las vidas de la tripulación que cualquiera de su propia gente. El guardiamarina aseguró la batería, cortó las amarras del barco naufragado que colgaban de lo alto, y se hizo cargo del timón. Muchos elogios no le fueron otorgados por su notable habilidad y valentía en esa noche memorable. Desgraciadamente los hechos en el caso no fueron debidamente representados ante el Departamento de la Marina, y él no recibió su justo reconocimiento. Aquellos que lo conocemos apreciamos lo que hizo, y que debe ser su única recompensa. Un incidente singular ocurrió a bordo de ese barco. Un hombre fue lanzado por la borda por una ola, y el barco dio un súbito cambio de dirección, el hombre fue cogido por otra ola que lo lanzó nuevamente de regreso a cubierta, donde fue rescatado.

Todo lo que ocurrió en esa larga y terrible noche hizo que la gente en tierra permaneciera en los cerros. Parecía haber apenas una pausa entre las réplicas, así de rápido se sucedía una tras otra. Antes del estruendo que precedía cada temblor se escuchaban a los perros que por un peculiar instinto, reconocían su proximidad, y daban los aullidos más sobrenaturales, los que eran claras señales para la gente de lanzarse al suelo con sus brazos extendidos como una cruz y rogar a sus santos patronos. Las familias fueron dispersadas, y los seres amados se perdieron. Muchos fueron heridos, y personas con piernas quebradas y todo tipo de contusiones imaginables yacían por todos lados.

Al amanecer, la visión de lo ocurrido desgarraba el corazón. Tan solo dos casas quedaron paradas en todo Arica, y estaban tan mutiladas que eran insostenibles. El mar entrante había arrastrado los escombros en todas direcciones, lo que hacía casi imposible ubicar cualquier punto de la ciudad. Se supo por cálculos, que el mar había alcanzado 45 pies por encima de la marca de pleamar y que el arrastre de las olas era alrededor de 15 pies más alto.

Ningún barco estaba en el puerto. El WATEREE estaba cerca de 500 yardas en la costa, perfectamente erguido, sin la pérdida de ningún hombre, excepto el cuidador de la lancha, quien estaba en tierra a cargo de ese bote. El AMÉRICA yacía a la orilla del mar, con sus mástiles destrozados, y en

la más deplorable condición. El CHAÑARCILLO estaba ladeado con cada mástil fuera de su sitio, aun sus puentes y carga se habían perdido. Era evidente que había sido revolcada una y otra vez por las olas que la había puesto en tan deplorable condición. Ninguna alma a bordo de esa nave se había salvado.

Nada era visible del FREDONIA, excepto una pequeña parte del barco naufragado que flotaba, en la cual había dos hombres, los únicos sobrevivientes. Cómo permanecieron allí durante toda la noche en ese mar agitado es algo que aún maravilla.

La vista de la playa era increíble. Escasamente se podía pensar en algo que no pudiese ser encontrado allí. Toda clase de vestimentas para damas y caballeros; sedas costosas, satines, terciopelos, y telas; cada artículo imaginable ya hecho; vinos y licores de todo tipo en gran profusión; pianos y birimbao; carros de ferrocarril y coches de niños— en realidad casi todo lo que se podía usar u ornamentar. Había una inmensa Aduana en Arica, repleta con mercaderías en su interior, y al anegarse estos artículos—muchos de ellos en cajas impermeables— fueron llevados por la corriente y arrastrados finalmente hacia la costa.

Esta colección incongruente resultó una bendición y una ruina para Arica. Una bendición porque la gente había perdido todo en sus viviendas. Y en sus precipitadas escapadas no pudieron salvar nada; toda la ropa que poseían era la que tenían puesta. La playa les otorgaba cosas no solo para vestirse, sino para carpas en las cuales podían vivir en los cerros. Yo vi a una hermosa joven—la bella de Arica— con una camisa de Crimea recogida en la falda de su vestido. Ella estaba viviendo en una choza, construida con cuatro palos con telas de algodón amarradas a los costados. Los cierres de muchas casas fueron construidos con grandes mapas de Bolivia, los cuales estaban esparcidos por la playa—y los tabiques interiores estaban hechos con paños finos. La playa los equipaba con sombreros, capas, botas, zapatos, pañuelos, cuellos y ropa interior, ellos tan solo tenían que caminar hacia la playa y ayudarse a sí mismos.

El licor tirado por todas partes era lo malo. Por varios días el nativo más humilde podía beber champaña y cuando se terminaba ellos podían recurrir al whisky y al brandy. Las desenfundadas escenas que siguieron eran en extremo desagradables. Ninguna orden se mantenía en Arica, y había riñas fatales con mucha frecuencia, hasta que el orden finalmente fue

establecido por la policía de Tacna<sup>17</sup>. Muchos barriles de carne de vacuno y de cerdo fueron llevados a la orilla desde diferentes barcos y ellos ayudaron a la gente por algún tiempo, pero al final venían al WATEREE solicitando alimentos.

Los caballeros y las damas venían frecuentemente y preguntaban por algunos amigos entre los oficiales a quienes les rogaban un mendrugo y un trozo de charqui, como ellos decían: "no tenían nada para comer ese día". Era en realidad muy penoso ver a estas personas, en cuyas casas habíamos sido a menudo tan bien recibidos como invitados, reducidos a tal extremo. Todas las provisiones que podíamos economizar se las dábamos a las autoridades para ser distribuidas, y después que la orden fue dictada ya no había más para dar, los oficiales ayudaban a sus amigos de sus propias e insuficientes raciones. La ayuda llegó finalmente desde Tacna, y la hambruna de Arica fue aplacada<sup>18</sup>.

No debo olvidar de contar respecto a las muertes que ocurrieron en la ciudad y en la playa la mañana del día 14. Se estimó que 500 personas –un sexto de la población– perdieron sus vidas en la ciudad y en el puerto<sup>19</sup>. Muchos fueron aplastados en los derrumbes, y algunos de ellos tan profundamente que no podían ser sacados. La esposa de uno de los oficiales del WATEREE había salido apresuradamente de su casa con su esposo protegiéndola con su brazo alrededor de ella, cuando un fragmento de la casa del frente cayó y la golpeó en el hombro matándola instantáneamente. Es un hecho notable que su casa fue una de las dos que quedaron en pie a la mañana siguiente. Todos los cuerpos arrastrados hacia la

orilla estaban completamente sin ropas, habiendo sido desnudados por la fuerza del mar. Se llevó a cabo una larga búsqueda del cuerpo de uno de los oficiales del FREDONIA, y cuando ya estábamos por desistir, alguien vio una mano extendida como un palo que salía de la arena, después de cavar encontramos los restos del pobre camarada. Había sido atrapado allí por la marea y la arena se había acumulado encima de él. Otro de los oficiales del FREDONIA tenía a su esposa a bordo. Ambos se habían ahogado, y dejaron dos pequeños en el Callao completamente desprovistos de todo. Estos niños fueron después enviados a los Estados Unidos por los oficiales americanos.

Muchos han rehusado creer la historia de las momias que salieron de la tierra. Sin embargo es completamente cierta. Cerca de los pies del "Morro" las momias fueron vistas en gran número –algunas completamente fuera de la tierra y sentadas bien derechas; mientras otras se veían apenas y otras estaban completamente hundidas.

Nadie había escuchado alguna vez que hubiese algo de ese tipo en Arica, y se suponía que ellas habían sido enterradas allí en el tiempo de los Incas, y que habían sido preservadas por algún proceso conocido por esa gente. Nosotros llevamos una a bordo de nuestro barco y la empacamos, enviándola después a los Estados Unidos.

Muy cerca de este lugar, a la orilla del mar, se encontró una gran cantidad de curiosas monedas de oro, y tan pronto como el hecho fue conocido el lugar se llenó de gente cavando y buscando el dinero. Me contaron después que aquel que primero lo descubrió fue allá tranquilamente por unos pocos días y tuvo éxito en encontrar el equivalente a más de mil dólares antes de ser molestado por los otros.

Aunque las réplicas continuaban todos los días más o menos severos, ninguna alteración se notaba en el mar, y gradualmente la gente se iba acostumbrando a ellas; pero cuando ocurría una más fuerte de lo habitual, un pánico generalizado le sucedía. La tripulación del WATEREE permanecía a bordo del barco durante el día, y por la noche dormían en carpas en tierra, no era frecuente que fuesen despertados al ser remecidos por los temblores. Los hombres dieron un poco de problemas a causa del licor tan fácil de obtener. Los oficiales estaban armados todo el tiempo, y fue necesaria una gran severidad para mantener los espíritus turbulentos controlados.

<sup>17</sup> Se puede consultar al respecto la nota 10.

<sup>18</sup> Ver a propósito la nota 14.

<sup>19</sup> El saldo general de la catástrofe en víctimas fatales es calculado por E.W. Sturdy en 500 personas. Nos parece que la cifra entregada incluye los fallecidos en las tripulaciones de los buques de guerra como en los mercantes existentes en la bahía, además a las víctimas de tierra. El Dr. Sutherland como Médico Titular de Arica, estimaba en 80 "El número de muertos... en toda la población y el de heridos en 160 más o menos" (Carta enviada al Sr. Jefe de la Comisión de Auxilios destinada al mar, General don Francisco Alvarado Ortiz. Diario Oficial "El Peruano", Arica, Agosto 26 de 1868). En su testimonio el Contralmirante L. G. Billings (1915) afirma que en Arica sólo se encontraba desolación y muerte. "La pérdida de vidas era proporcional a la pérdida de la propiedad" (1961: 17). Citando a un autor contemporáneo: "Así el saldo en Arica fue de unas 300 personas muertas y pérdidas económicas por más de 5 y medio millones de pesos" (Juan Vásquez T.: Arica puerto del tiempo. Oñate Impresores. Arica. 2002: 23).

Los oficiales sobrevivientes del AMÉRICA tenían una carpa cerca, y ellos la cuidaban de la manera más efectiva. Cuando veían a alguien que se subía a bordo, ellos a sangre fría tomaban sus rifles y le disparaban. Todo el día podíamos oír la descarga de sus armas y el ruido de las balas contra el costado del AMÉRICA. No es necesario decir que el resultado era bueno, y la gente no sentía la curiosidad de examinar ese barco naufragado en particular.

Como dije anteriormente, las réplicas continuaron día tras día, pero un sentimiento de seguridad prevalecía, ya que éstas eran menos frecuentes y fuertes cada día. La gente de los valles del interior impulsados por la codicia más que retenidos por el miedo al terremoto, venían por montones a la playa, cada uno con varias mulas de carga, para juntar las mercaderías que estaban esparcidas allí en todas direcciones. El capitán del WATEREE, creyendo que los dueños podrían venir más adelante a reclamar estas mercaderías, ordenó a sus oficiales detener tales depredaciones, e insistir que las mulas sean llevadas al barco para descargar los bultos, un centinela fue designado para ello. En algunas ocasiones esta orden se llevó a efecto con dificultades y solo al apuntar el revólver en la cabeza de algunos hombres podían obedecer.

No había agua cerca del barco, así es que fue necesario traerla desde un río a media milla de distancia. El trabajo era muy duro para imponérselo a los hombres, y las mulas eran necesarias.

De una sola forma podíamos obtenerlas –por medio de la confiscación. Y así se hizo. Un hombre podía traer varios de estos apetecidos animales, cuando de pronto una patrulla caía sobre él y podía quedar sin mulas. Esto era absolutamente necesario, y era hecho con justicia, a los dueños se les pagaba por estas confiscaciones, y cuando la tripulación las desocupaba se les restituía a sus dueños. Por supuesto que las mulas necesitaban alimento, y como no había pasto cerca, excepto el de los valles, los hombres no siempre podían evitar el traerlas, así se hacía otra confiscación.

Los dueños de las mulas venían hasta el barco con fardos de pasto, allí ellos eran detenidos, y su pasto requisado para nuestro uso.

Estos hombres, sin embargo, eran también recompensados por sus pérdidas.

Con la excepción de los dueños de un gran cargamento de lana nadie vino a reclamar las mercaderías, y por último los depredadores limpiaron la

playa sin ninguna molestia. Muchos de los marineros encontraron artículos de valor. Uno de ellos me contó después que él ganó 1.500 dólares por sus propios medios. Anillos valiosos, relojes y joyas fueron encontrados por muchos de los marineros. Yo ví a un hombre vender un anillo en 5 dólares creyendo que era vidrio, sin valor alguno, por el contrario era un diamante rodeado de cinco grandes piedras, muy antiguo, y que valía a lo menos 500 dólares. Una gran cantidad de valiosos artículos a precios muy bajos fue adquirida por los hombres más astutos de la tripulación, y las ganancias que lograron en algunos casos fueron extraordinarias.

Permanecimos en Arica por dos largas y fatigosas semanas, cada día escudriñando ansiosamente el horizonte por la llegada de algunos compañeros de armas que nos socorrieran.

Al finalizar esos días llegaron los vapores americanos NYACK, KEARSARGE, TUSCARORA y POWHATAN, los oficiales y tripulación del WATEREE y los sobrevivientes del FREDONIA fueron distribuidos entre ellos. Dos oficiales con unos pocos hombres fueron designados para cuidar el naufragio, mientras el resto se iba al Callao<sup>20</sup>.

Todos los artículos más pequeños del equipamiento se tomaron del WATEREE- aún los cañones fueron transportados en mulas hacia los botes; y era divertido ver algunas de las mulas más débiles tambalearse a corta distancia y finalmente caerse con cañones y todo.

Los trajes de algunos de los oficiales, así como estaban eran para la risa. Con pantalones viejos metidos en las botas de marinero, una camisa roja con cuello ancho, sombrero de ala ancha caído hacia los ojos, y un revólver metido en un colorido cinto, parecían más bandoleros que “oficiales y caballeros”.

<sup>20</sup> El socorro de los vapores americanos era para sus compatriotas y demás habitantes de Arica. Un número importante de provisiones y víveres fueron distribuidos “...entre los desventurados habitantes de la zona” (L.G. Billings (1915) 1961: 17). Días después, junto con los socorros del gobierno peruano, los auxilios y la ayuda oportuna a Arica e Iquique desde países vecinos no se hizo esperar. Así, el Presidente de Chile, don José J. Pérez (1861-1871), autorizó para invertir hasta cincuenta mil pesos en socorros a las víctimas del terremoto del Perú, “...evitando la muerte segura de muchos de los habitantes de esas localidades” (Ver en este punto: Rosa Urrutia de Hazbún y Carlos Lanza L.: *Catástrofes en Chile. 1541-1992*. Editorial La Noria. Santiago. 1993: 110-112).

“Qué bien habla inglés ese guía”, dijo un caballero relacionado con el POWHATAN, señalando a un oficial amigo ataviado en uno de esos ridículos trajes.

Antes de navegar fuimos a despedirnos de nuestros amigos en sus rústicos poblados de los cerros. Al estrechar sus manos para darles el último saludo de despedida, las damas exclamaron, “Non, Non, un abrazo, un abrazo!” (“¡No, no, un abrazo, un abrazo!”) y nos abrazaban rodeándonos el cuello de la manera más sentida, en un último adiós. Muchas de ellas se sacaban pequeñas piezas de joyería que habían guardado y nos regalaban como recuerdos de nuestra eterna amistad –momentos que fueron religiosamente atesorados por nosotros.

Al año siguiente la fiebre amarilla arrasó esa ciudad y dejó muchas víctimas. Muy lejos de la costa a menudo escuchábamos de la muerte de uno u otro querido amigo<sup>21</sup>.

¡Infortunada ciudad! donde muchos se salvaron de la muerte para caer después en otra casi tan espantosa como la primera.

## CONCLUSIÓN

Después de enfrentar aquellos difíciles momentos y a poco andar, Arica se levantaría nuevamente y: “...encara un destino con bríos remozados y recursos económicos del Gobierno Peruano para rehacer su vida ordinaria...” (Focacci A., 1994: 22). El relato que emana de dichas fuentes, nos pone en contacto con ese acontecer infausto

lleno de adversidades y que ha sido la impronta de Arica a lo largo de su historia. Pero también nos llevar a valorar la obra: “...sobrehumana de generaciones pretéritas que supieron de grandezas y miserias, de altos y bajos, que nos inculcaron la necesidad de luchar por su futuro...” (Álvarez M. *et al.*, 1980: 7).

Así, las historias regionales nos permiten volver constantemente a visitar el pasado: “...y redescubrir así unas ciertas identidades que no necesariamente se friccionan con otras identidades cercanas, ni tampoco con las nacionales” (Cavieres, 2006: 17).

## BIBLIOGRAFÍA

Álvarez M., Luis (1998). Documentos para una historia regional. Revista Diálogo Andino, N° 17. Departamento de Antropología, Geografía e Historia. Universidad de Tarapacá. Arica.

Álvarez M., Luis *et al.* (1980). Arica en el tiempo. Reseña fotográfica. Universidad de Chile-Sede Arica. Editorial Universitaria. Santiago.

Cavieres F., Eduardo (2006). La historia regional en perspectivas historiográficas. Problemas temáticos y metodológicos. Revista Diálogo Andino, N° 28. Departamento de Ciencias Históricas y Geográficas. Universidad de Tarapacá. Arica.

Dagnino O., Vicente (1925). El Departamento de Tacna. Lima.

Diario Oficial “El Peruano”. Segundo Semestre de 1868-Primer Semestre de 1869. Lima.

Enciclopedia de Arica (1972). Editorial de Enciclopedias Regionales de Chile. Santiago.

Focacci A., Guillermo (1993). El terremoto y maremoto de Arica (Las epidemias subsiguientes). Ponencia presentada en las X Jornadas de historia de Chile. Universidad de Tarapacá. Arica.

Focacci A., Guillermo (1994). El terremoto y maremoto de Arica. Revista Universitaria Límite, N° 0. Departamento de Filosofía y Psicología. Universidad de Tarapacá. Arica.

Focacci A., Guillermo (1995). El terremoto de Arica-Segunda parte: las epidemias. Revista Universitaria

<sup>21</sup> Esta información consignada por E. W. Sturdy es muy exacta, lo que demuestra su conocimiento sobre lo que sucedió posteriormente al terremoto. Una serie de epidemias se desencadenó; desatando su furia la viruela y la fiebre amarilla haciéndose sentir en los puertos de Arica y Piragua. Las fuentes registran el drama de las epidemias que aparecen a contar de Septiembre de 1868 y que se van a extender hasta abril de 1869 (véase al respecto El Diario Oficial “El Peruano” correspondiente al Segundo Semestre de 1868 y Primer Semestre de 1869; también es un referente de mucho interés para la temática Guillermo Focacci A.: El terremoto y maremoto de Arica (Las epidemias subsiguientes). Ponencia presentada en las X Jornadas de Historia de Chile. Universidad de Tarapacá. Arica. 1993; El terremoto y maremoto de Arica. Revista Universitaria Límite, N° 0. Departamento de Filosofía y Psicología. Universidad de Tarapacá. Arica. 1994; El terremoto de Arica-Segunda parte: las epidemias. Revista Universitaria Límite, N° 2. Departamento de Filosofía y Psicología. Universidad de Tarapacá. Arica. 1995).

Límite, N° 2. Departamento de Filosofía y Psicología. Universidad de Tarapacá. Arica.

**Galdames R., Luis *et al.*** (1981). Historia de Arica. Ilustre Municipalidad de Arica. Editorial Renacimiento. Santiago.

**Gallaher K., John** (1998). El maremoto de 1868. Una versión diferente. Revista de Marina, 115/884, 3/1998. Armada de Chile (R. Virtual).

**Joseph, Abraham J. (traduc.)** (1961). Efectos de un gran terremoto. Revista Sol del Norte. Talleres "Don Bosco". La Paz.

**Manns, Patricio** (1972). Los terremotos chilenos. Editorial Quimantú. Santiago.

**Mellafe, Rolando** (1986). Historia Social de Chile y América. Editorial Universitaria. Santiago.

**Reyes C. Marco A.** (1989). Los sismos como hitos de la Historia de Chillán. Ponencia presentada en las VIII Jornadas de Historia de Chile. Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación. Santiago.

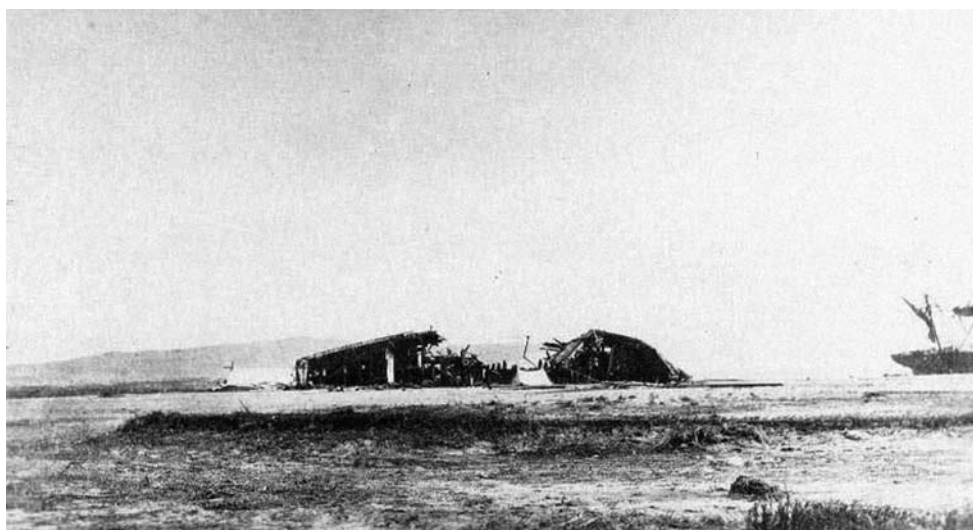
**Urrutía de Hazbún, Rosa y Carlos Lanza L.** (1993). Catástrofes en Chile. 1541-1992. Editorial La Noria. Santiago.

**Urzúa, Luis** (1969). Arica Puerta Nueva. Historia y Folklore. Editorial Andrés Bello. Santiago.

**Vásquez T., Juan** (2002). Arica puerto del tiempo. Oñate Impresores. Arica.

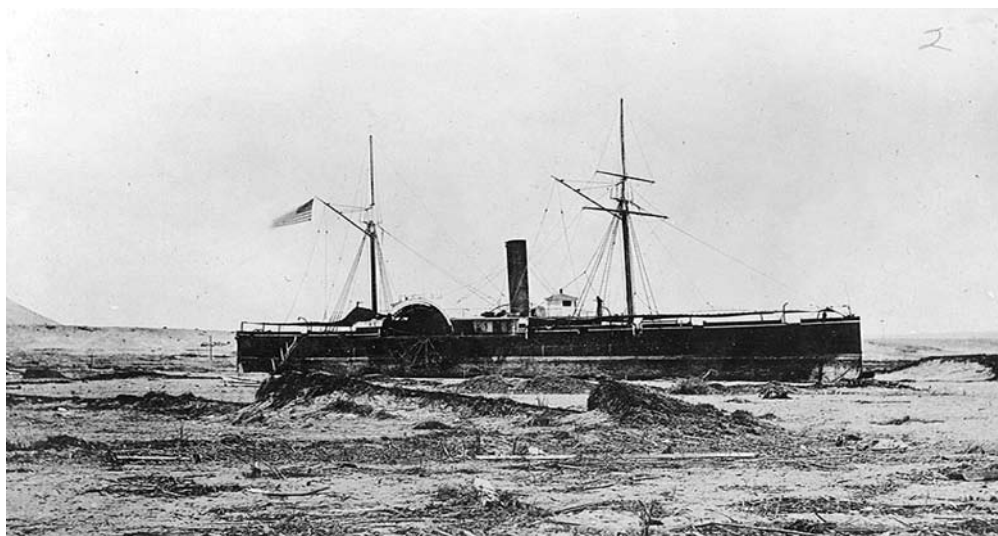
**Wormald C., Alfredo** (1968). Frontera Norte. Editorial Orbe. Santiago.

**Wormald C., Alfredo** (1972). Historias olvidadas del Norte Grande. Universidad del Norte. Arica.



Despedazados al norte de Arica quedaron los restos de la barca inglesa Chanarsilla (Chañarcillo) destruida por los efectos combinados del terremoto y maremoto de agosto de 1868.\*

Fuente: Historia y Arqueología Marítima. Disponible en: <http://www.histarmar.com.ar>



El cañonero USS Wateree, sobreviviente de la Guerra Civil norteamericana, queda atrapado en los arenales ariqueños, casi intacto y aún con su bandera flameando.

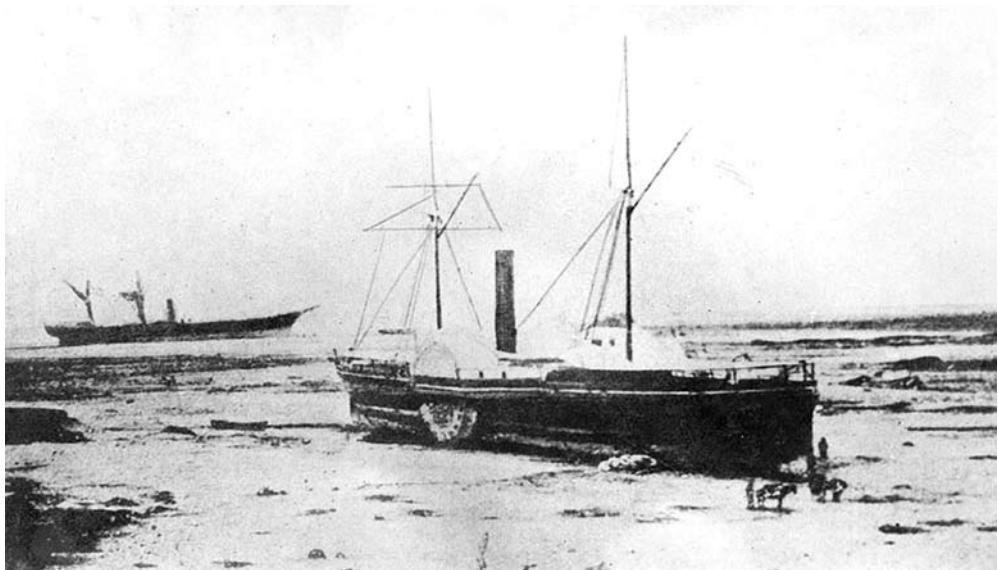
Fuente: <http://es.wikipedia.org>, tomada del original en History-Navy.mil.

\* Quiero destacar la colaboración en la construcción de la secuencia de fotografía histórica que ilustra este artículo, al profesor de Historia y Geografía Sr. Daniel Castillo Ramírez, quien se desempeña en calidad de Ayudante Instructor en el "Archivo Histórico Vicente Dagnino O.". Departamento de Ciencias Históricas y Geográficas. Universidad de Tarapacá. Arica.

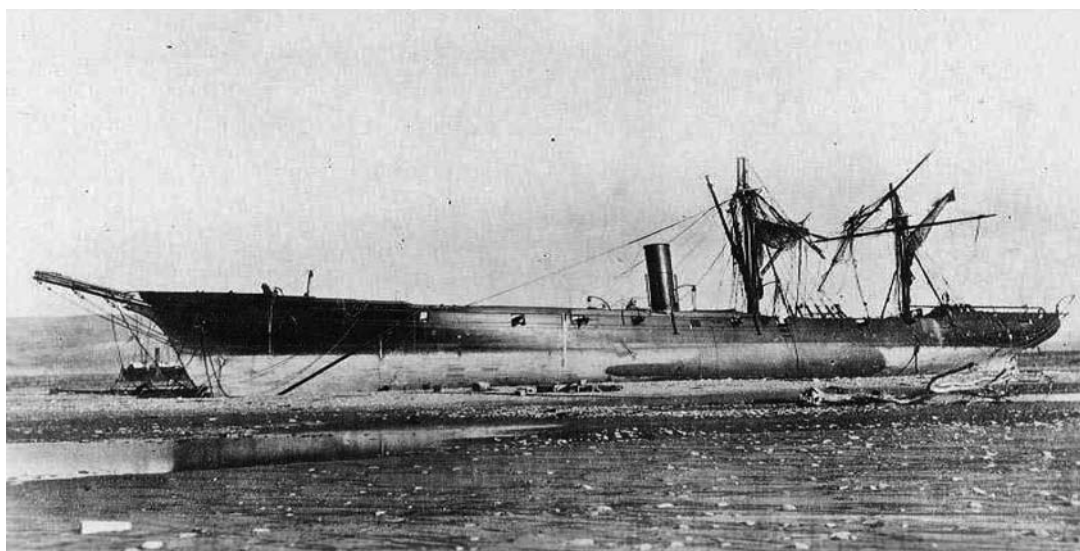




Devastación total en Arica. Al fondo, los restos de la Iglesia La Matriz.  
Fuente: Luis Álvarez M. *et al.*: Arica en el tiempo. Reseña fotográfica.  
Editorial Universitaria. Santiago.1980: 28).

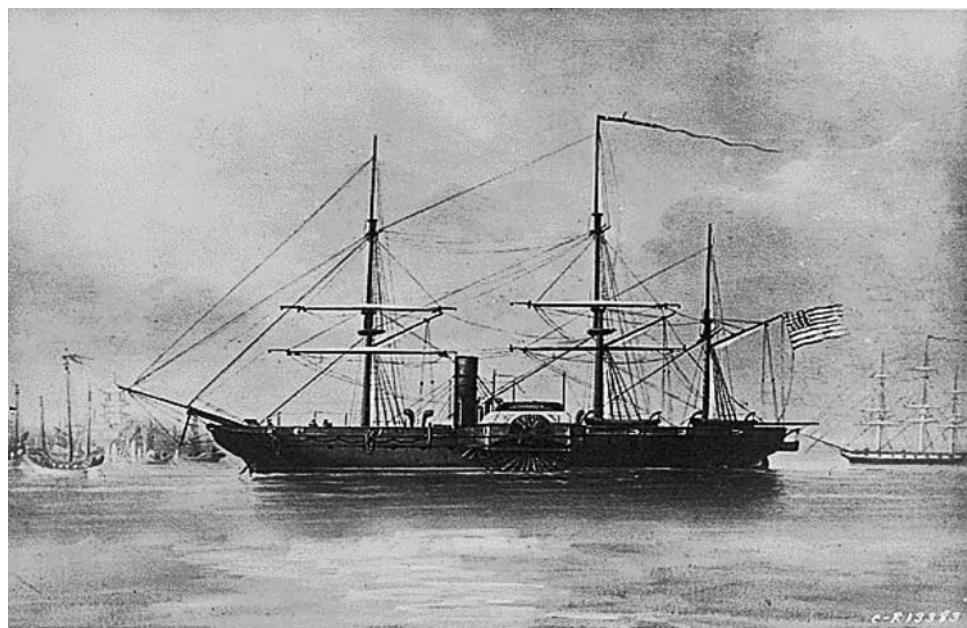


Gradualmente los sobrevivientes de Arica se fueron acercando a uno de los pocos medios de ayuda en la zona, la tripulación del vapor Wateree, quienes dieron diversos socorros a la población.  
Fuente: <http://civilwar.com>.



A pesar de sus excelentes condiciones náuticas, el *América*, navío de guerra de la armada peruana, no logra escapar del poder destructor del maremoto de agosto de 1868.

Fuente: Historia y Arqueología Marítima. Disponible en: <http://www.histarmar.com.ar>



Después de dos semanas de la tragedia aparecía en el horizonte la imagen del USS Powhatan, barco de bandera norteamericana que acudía en auxilio de sus compatriotas y de los residentes de Arica. Fuente: <http://www.globalsecurity.com>